

LA UTOPIA DE LA MEMORIA

Antonio Ostornol A.¹
antonioostornol@gmail.com

Pensar los cincuenta años del Golpe de Estado en Chile es pensar la vida. Diamela Eltit dice que, más allá de cualquier consideración, “*el siglo XX chileno [...] quedará prisionero en un relato enteramente contaminado*”² por este evento político, el más trascendente de nuestra modernidad. Pensar mi biografía –como persona y como escritor– me coloca necesariamente en ese lugar. Tenía 19 años para el Golpe, era un activo militante comunista y estaba convencido de que haríamos la revolución. Al día siguiente del 11 de septiembre del 73, la tarea fue sobrevivir: a la represión y a la derrota. Salvar con vida los años de persecuciones fue un azar. Salvar la derrota política, imposible. El fracaso había sido enorme porque la pérdida no fue solo “chilena” sino universal: la dictadura terminó en la misma época en que moría la utopía marxista y se ponía fin a la guerra fría: 1992. Por eso, en *Los años de la serpiente* (Ediciones del Ornitorrinco, 1991), escribí que “*vivir sin una revolución posible, es la más atroz y*

¹ Antonio Ostornol A. (Santiago de Chile, 1954). Escritor y profesor de literatura. Autor de las novelas *Los recodos del Silencio* (1981, 2011); *El obsesivo mundo de Benjamín* (1982, 1994); *Los años de la serpiente* (1991; 2016), *Dubrovnik* (2012), novela ganadora del Premio Municipal de literatura del año y del Premio José Nuez Martín 2012 – 2013; y *Chino* (2020). Además, su primera novela, *Los recodos del silencio*, fue reconocida como la mejor novela del año 1982 por la revista Libros del mes; y, su novela *El obsesivo mundo de Benjamín*, obtuvo menciones honrosas en Premio Municipal 1983 y Pen Club de Chile. Sus cuentos han sido seleccionados para varias antologías publicadas en Chile y en el extranjero (USA, Alemania, México), y es co-autor de la historia original del largometraje chileno “*Mi último hombre*” (1996), de la directora nacional Tatiana Gaviola. Perteneció al grupo fundador de la revista de literatura de la Sociedad de Escritores de Chile “Simpson 7”, donde fue editor y director. Fue fundador de la Escuela de literatura de la Universidad Finis Terrae, de la que fue director durante varios años. En los 80’s dirigió la Licenciatura en letras del Instituto ARCIS y, en los 90’s, fue profesor visitante en dos oportunidades en el Departamento de Español y Portugués de la Universidad de Oregon, USA. Actualmente, es docente de la Universidad Adolfo Ibáñez y columnista permanente en la revista digital www.lanuevimirada.cl.

² Eltit, Diamela. *Emergencias*. Santiago: Planeta: 2016: 32

*triste de las derrotas*³. Luego fue necesario recordar, restituir una verdad histórica, darle sentido a unos tiempos donde hubo mucho de heroísmo pero también bastante dolor, tristeza y sinsentido. Con la llegada de la democracia, creímos que sería viable construir un relato común que nos permitiera compartir como comunidad la significación de la segunda mitad del siglo veinte. Se hizo mucho. Comisiones de verdad, memoriales, juicios y sentencias a los responsables de los crímenes de la dictadura. Muchos libros (testimonios, novelas, poemas). En cierto sentido, sustituimos la ilusión de la revolución por la ilusión de la memoria. Y la verdad es que, a poco andar, nos dimos cuenta de que instalar una sola memoria era una utopía y que convivíamos con múltiples memorias que no necesariamente conversaban entre ellas. Entonces, ¿había que resignarse a una nueva derrota? Tal vez. Aunque lo más cierto fue simplemente ajustar las utopías a la realidad.

Mi recuerdo no es universal: hablo desde mis trincheras. Ellas constituyen mi verdad y mi límite. Hace justo diez años, Todorov nos alertaba sobre el riesgo de transformar los recuerdos en fetiches. Construir la memoria colectiva, decía, requiere una negociación (metafórica, personal, social y comunitaria) entre la memoria y el olvido. Para Todorov, *“la memoria no se opone al olvido. Los dos términos que se contraponen son la supresión y la conservación; la memoria es necesariamente una interacción entre ambas”*⁴.

Me gustaría hacer el ejercicio que nos propone Todorov: mirar este tiempo como un periodo de privilegio (con todo el dolor y el horror que conlleva), donde nuestra historia personal se cruzó con la de nuestro país y la del mundo entero. El pasado – como dice Beatriz Sarlo– *“es siempre conflictivo”* y *“a él se refieren, en competencia, la memoria y la historia”*⁵. Siento que todavía nos falta mucho por mirar y aceptar. Hemos vivido prisioneros de relatos que rara vez se encuentran. Durante años, la memoria de la Unidad Popular se movió entre la idealización máxima (los tres años fueron para el mundo de la izquierda chilena algo así como nuestra Arcadía perdida); mientras que, para la derecha, fue la versión contemporánea del infierno. El Golpe de Estado para muchos ha sido el período más oscuro de la historia política reciente y para otros, no pocos, fue un mal necesario para salvar la libertad y la democracia. Estos polos han delimitado un territorio en disputa. Igual como cuando, durante el 11 de septiembre, en algunas casas se celebraba con champán, y en otras, se lloraba con amargura. Ese día consagró dos discursos, dos miradas de la historia reciente que hasta

³ Ostornol, Antonio. *Los años de la serpiente*. Novela. Santiago: Ceibo Ediciones: 2016: 166.

⁴ Todorov, Tzvetan. *Los usos de la memoria*. Santiago: Colección Signos de la memoria / Museo de la memoria y los derechos humanos, 2013: 19-20

⁵ Sarlo, Beatriz. *Tiempo pasado*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores: 2007: 9.

hoy se confrontan en el campo de la memoria. La disputa está viva y se percibe en la polarización que cada tanto nos domina. Por eso, tener una memoria común sea tal vez una utopía y simplemente debiéramos aspirar a construir un espacio de tolerancia donde coexistan relatos razonables.

Lo que puedo ofrecer es mi vivencia del último medio siglo. Voy a contar una historia: la mañana del 11 de septiembre de 1973, mi padre y yo nos dirigimos muy temprano hacia el centro de Santiago. Él iba a su oficina en el Banco del Estado; yo, a la sede del comité central de las Juventudes Comunistas. En el trayecto vimos los militares en tenida de combate. Preferimos dejar el auto en un estacionamiento público y continuamos caminando. Si hubiésemos sacado del paisaje esas patrullas militares que se desplazaban de forma aparentemente aleatoria por la Alameda, habría sido un día típico de aquellos en que alguna manifestación callejera o una huelga de la locomoción colectiva obstruía el tránsito. Sin embargo, no era un día normal. En un gesto que, pensado medio siglo después fue completamente ingenuo, salimos armados con unos modestos revólveres. La verdad, el gesto no solo fue ingenuo, sino que además ridículo.

Abandoné la sede partidaria minutos antes de que empezara el toque de queda, cuando el allanamiento al local era inminente. Esa noche, y las dos siguientes, las pasé en una casa amiga del sector. Desde ese escondite, vi las persistentes columnas de humo que todavía emanaban del incendio de la Moneda. Esa noche, escuché por primera vez los sonidos inequívocos de la tragedia: disparos, sirenas, gritos, motores de vehículos pesados transportando soldados, carros de combate. Y helicópteros, muchos helicópteros (¿Cómo olvidar el poema de Erick Pohlhammer?⁶). A través de una ventana, vi los cuerpos de los estudiantes universitarios de un pensionado cercano, acostados con las frentes apoyadas en las cunetas y los brazos en la nuca. Fueron las primeras imágenes que tuve del Golpe de Estado. Inolvidables, tajeadas, persistentes. (¿Cómo olvidar el famoso micro cuento de Pía Barros?⁷). Esa memoria es intransferible. 48 horas después, como si nos asomáramos a un país desconocido, se levantó el toque de queda y pude ver nuevamente a mi padre. A través de él supe que todo estaba bien. ¿Qué significaba eso? Simple de decir, difícil de vivir: una hermana escondida, la otra con mi madre, mi hermano volviendo del norte sin trabajo. Rápidamente tuvimos el

⁶ Me refiero al poema “Los helicópteros” del poeta chileno Erick Pohlhammer: “... hasta que llegaron los helicópteros y los helicópteros/ se establecieron desde allí hasta siempre / girando y zumbando como tábanos”.

⁷ Se trata del extraordinario cuento breve de la escritora chilena Pía Barros, “Golpe”: “Mamá, dijo el niño. ¿qué es un golpe? / Algo que duele muchísimo y deja amoratado el lugar donde te dio. / El niño fue hasta la puerta de su casa. / Todo el país que le cupo en la mirada tenía un tinte violáceo”.

primer atisbo de que esto venía para largo y debíamos cuidarnos. La Unidad Popular se había terminado, eso estaba claro. La tarea que venía era sobrevivir y eso daría mucho trabajo. A mi familia le tocó cárcel, exilios y clandestinidad; para muchos otros chilenos, fueron la muerte, la tortura, la desaparición.

Ese 11 de septiembre en Chile marcó el fin de una época. Para mi padre, nacido en los veinte y que se hizo comunista en los cuarenta, la Unidad Popular fue el sueño que movió su vida, el gran proyecto vital de su generación, la que se fraguó en la lucha contra el fascismo, que se hizo parte con orgullo de las políticas desarrollistas de los gobiernos radicales y los frentes populares, y que luego avanzó junto a la clase obrera en la conquista del gobierno y, desde ahí, a través de una sucesión gradual de reformas progresistas, imaginó el camino al socialismo y a la independencia respecto del imperialismo norteamericano. Tres décadas de lucha social y política se coronaron con la esquivada y estrecha victoria electoral del 4 de septiembre de 1970, que le permitió a Salvador Allende ser elegido como Presidente de la República en su cuarto intento. El fracaso del gobierno popular fue la muerte de sus sueños.

Yo, a diferencia de mi padre, nací a mediados del siglo y desde muy pequeño fui bebiendo de su sueño. Crecí admirando la Unión Soviética y sus grandes logros: el primer Sputnik, la perrita Laika, la hazaña de Yuri Gagarin. Los grandes éxitos deportivos peleando una a una las medallas de oro en las olimpiadas. Todos esos eventos maravillosos confirmando la superioridad del socialismo sobre el capitalismo, y la inevitable prevalencia de la Unión Soviética sobre los Estados Unidos en la gran tarea de emancipar a la humanidad. Milan Kundera habría dicho que nos encontrábamos en la etapa del idilio⁸, es decir, en un cierto estado de ingenuidad previa a cualquier pecado, donde la política se vivía con credulidad infantil. El optimismo en el futuro, la convicción de que la historia ineluctablemente conducía a la revolución y de allí a la felicidad, movía la energía de miles de hombres y mujeres que se comprometieron con el gran proyecto de transformación social que la Unidad Popular le prometió a Chile.

Este relato reivindicador de la dignidad humana hacía pleno sentido en una sociedad aquejada de importantes niveles de pobreza y desigualdad. Nuestro país era pobre, muy pobre. A veces se olvida y a nuestros jóvenes de hoy les cuesta creerlo: suponen que el nivel de bienestar actual ha sido siempre igual. Algo de esta pobreza nos dicen los versos de la Mistral: "*Piececitos de niño, azulosos de frío, ¡cómo os ven y no os cubren, Dios mío!*", o los de Víctor Jara: "*Si hay niños como Luchín / que comen tierra y gusanos / abramos todas las jaulas / pa' que vuelen como pájaros*". Desde lo emocional, la Unidad Popular fue consistente con el *ethos* de justicia que se venía instalando en Chile desde inicios de los cuarenta, al cual adherían sectores de

⁸ Idea desarrollada por Milan Kundera en su novela *La vida está en otra parte*. Buenos Aires: Seix Barral, 1979.

izquierda y de centro. Con la llegada de la Democracia Cristiana al gobierno (1964), se intensificaron, al menos, tres grandes momentos: la reforma agraria, la expropiación parcial de la industria del cobre y el desarrollo de uno de los movimientos de participación popular más significativos del siglo XX: las juntas de vecinos. Si pensamos esos años liberándonos de nuestros sesgos ideológicos, observamos que un amplio espectro de la sociedad chilena (desde el PDC hasta los tradicionales partidos de la izquierda chilena) tendía a identificarse con proyectos transformadores. Fueron décadas de una intensidad social solo comparable con las grandes protestas anti dictatoriales de los ochenta y la movilización para derrotar a Pinochet en el plebiscito del 88.

Para mi padre y su generación, vivir los años de la Unidad Popular fue la realización del sentido de sus vidas. El fracaso del proyecto lo pagaron muy caro. Para mi generación, este período tuvo el carácter de un momento iniciático. Nacimos a la política con dos sensaciones muy nítidas: una, de que hacer la revolución era una necesidad imperiosa para la mayoría de los chilenos; y la otra, de que esa revolución era posible, independiente de cuál vía eligiéramos (camino reformista o lucha armada). Para quienes optaron por la lucha armada, su realización se identificaba con el martirologio. Como decía Guevara, para los revolucionarios solo hay dos opciones: triunfar o morir. Para quienes teníamos en la lucha de masas el centro de nuestra acción política, el modelo era el de los luchadores obreros que organizaron contra viento y marea los sindicatos a lo largo de nuestro país y del mundo entero.

En esos años, sentí que éramos capaces de todo. Vivíamos al cien por ciento. Estábamos en la política y en el día a día de una sociedad que se abría a la libertad: pelo largo, minifaldas, calcetines chilotes, bototos, bigotes bisoños que nos sumaban algunos años; junto a la revolución se abría paso el amor y el sexo, con menos tabúes y, quizás, con más arrogancia. La Unidad Popular, su gobierno, la lucha por el poder y la vitalidad como naturaleza humana eran los ámbitos donde se construía el mundo nuevo. (¿Cómo no recordar el entusiasmo de Skármeta, Délano, Allende o Dorfman, para mencionar solo a algunos de los más conocidos?⁹).

Cuando el Golpe de Estado puso fin al gobierno de Salvador Allende y comenzó una dictadura de 17 años, mi padre supo –y creo que su generación también– que ya no tenía una segunda carta bajo la manga. Miles de compañeras y compañeros presos, torturados, desaparecidos, asesinados, exiliados. La política dejó de ser un ejercicio de esperanza y se transformó en uno de sobrevivencia. A mi generación, le tocó hacer el recambio. Hubo algunos que decidieron iniciar el camino ortodoxo de la lucha armada. Fue una lucha heroica y suicida. Fue, además, una lucha que no acusó recibo de los cambios sociales e históricos de fines de siglo. Nunca se enteraron del fracaso de

⁹ Muchos críticos han conceptualizado esta generación literaria como la del entusiasmo, caracterizada por la vitalidad tanto de sus estilos como de sus historias.

los proyectos revolucionarios clásicos, ya sea en versión asiática, europea, africana o latinoamericana. Hubo otros, en cambio, que miramos de frente el fracaso y vimos un camino diferente hacia el progreso y el bienestar popular. Revalorizamos la democracia como un valor humano y las transformaciones como un proceso necesariamente reformista y gradual. Esta visión permitió converger hacia finales de la dictadura en lo que fue la Concertación por la Democracia, alianza de centro izquierda que gobernó la mayor parte de los últimos treinta años y que alcanzó uno de los periodos de mayor desarrollo y avances sociales, democráticos y progresistas de nuestra historia reciente.

De esa historia soy parte y me gusta imaginarla como el desarrollo natural de los principios que alimentaban la originalidad de la Unidad Popular como proyecto revolucionario, porque fue reformista y popular. Es la idea que, en cierto sentido, ha sido menospreciada en Chile a partir de la crisis de octubre del 2019. El estallido social hizo a más de alguien revivir el viejo fantasma revolucionario y soñar con el momento “destituyente” del viejo régimen y la inminencia de la antigua revolución. Tres años después, el 4 de septiembre de 2022, una abrumadora mayoría electoral (casi ocho millones de electores sobre un padrón de un poco más de trece) nos decía que, como el cilantro, los cambios son buenos, pero no tanto. Y probablemente, todo iba a ser peor.

Este es mi recuerdo, mi aprendizaje. ¿Mi esperanza? Construir un país donde todos los relatos posibles y todas las memorias, tengan su lugar.